

En Yemen, el milagro de vida de dos mellizos

Una argentina, protagonista

En Yemen, el milagro de vida de dos mellizos

Los protagonistas de esta historia son Hassan y Yahya, dos bebés al borde de la desnutrición que sus padres llevaron a uno de los campamentos de desplazados a cargo de Médicos Sin Fronteras en una zona conflictiva de Yemen. El siguiente es el relato de Candelaria Lanusse, una enfermera argentina de 32 años que forma parte del equipo que les salvó la vida. REGION DE SAADA, Yemen.- El primero en llegar fue Hassan. O lo que quedaba de él. Parecía un espantapájaros de ojos hundidos e inexpressivos. El padre, en cambio, sí que expresaba: su desesperación y, en el fondo de su mirada, una súplica, una esperanza. Hubo algo que siempre estuvo a favor de Hassan: nunca perdió el apetito. Lenta y constantemente sorbía la leche que a cucharadas una tía le ponía en la boca. A mí me carcomían mil sensaciones. Yo también suplicaba, no sé a quién, que para Hassan todavía hubiera una esperanza. Pero tenía miedo. Esos chicos tan, tan extremadamente consumidos, son como bombas de tiempo. Un día parece que todo va bien y al siguiente empiezan a apagarse, a veces en forma irreversible. Hassan tiene poco más de un año. Su perímetro braquial (la medida del brazo a media distancia entre el codo y el hombro) tenía 70 milímetros al llegar. Para el que no sabe lo que es eso, que trace con una regla una raya de 70 milímetros, la recorte y la una por sus puntas formando un círculo. No hace falta ser un especialista en nutrición para darse cuenta de que en un bracito así faltan muchas pero muchas leches. Lo adoptamos enseguida. En ese entonces, mientras nos traspasábamos el programa entre Unicef y Médicos Sin Fronteras (MSF), el centro nutricional sólo funcionaba de día, y al mediodía los chicos se volvían a sus `casas` para que sus padres pudieran comer. La familia de Hassan no vive dentro del campamento y les llevaba tiempo conseguir un transporte que los trajera hasta allí. Ese primer día, les pedimos que se quedaran, y nos ocuparíamos de su almuerzo. A la doctora Reem, a Carlos y a mí no nos costó nada disputarnos al chiquito para tenerlo en brazos mientras su tía y su papá comían. Como si fuera el sobrino que viene de visita a casa, y que mis hermanas y yo corremos a ver quién puede alzarlo primero. A la mañana siguiente, todos mirábamos ansiosos la entrada de la tienda. Albert, nuestro coordinador, cada tanto se asomaba a preguntarnos: `¿No han venido todavía?` No... Por dentro, pensaba que en una de esas había sucedido lo peor, y a la vez me decía: `No, no, no, por favor, por favor, por favor...`. Cerca de las 9.30, vimos el rostro inconfundible y peculiar de su papá, con un chico muy flaco en brazos. Detrás de él, su mamá, con otro niño desnutrido en brazos... ¡¡¡¡¡Pero si eran dos!!!! El segundo en venir se llamaba Yahya. Y era el hermano `gordo`. Un hermano gordo con un bracito, esta vez, de 90 milímetros. También estaba a años luz de tener una medida normal. Los adoptamos a los dos. A la familia entera. Su mamá es apenas una niña. Y tienen una hija más, de dos años, esta vez sí rechoncha y saludable. Menos mal. A Hassan y a Yahya los enfermó la guerra. Probablemente estaban al límite, lo mismo que su mamá, que intentaba todavía amamantarlos. Huir de su casa, de su tierra, venir a un lugar nuevo, sin nada, sin condiciones mínimas de salubridad... no es la situación ideal para dos pulguitas delicadas. Unas diarreas aquí y allá, perder peso brutalmente, volverse más propenso a contagiarse cualquier `bicho` que vuela, perder más peso, en un ciclo condenadamente vicioso que si no se corta acaba en una muerte segura. A Hassan y Yahya los salvó el amor de su familia. Ver a sus padres dedicarse con empeño a sus hijos, comprender que un lavado de manos hace la diferencia entre la vida y la muerte, colmarlos de besos, arroparlos, ayudarlos pacientemente a terminar sus leches? fue una imagen que nos acompañó tiernamente durante toda su estadía en el centro. No fue un camino fácil. Al principio todo parecía ir bien. Pero un día, las diarreas volvieron con mucha saña. Especialmente para Hassan, el más pequeño de los dos. Dentro de mí sonaban mil alarmas de alerta. Buscábamos el equilibrio imposible: rehidratar, no sobrehidratar, no dejar que se deshidraten? Si no se mantiene, por falta o por exceso, se nos pueden ir... La noche crítica Una noche, me contó su papá después, pensaron que todo se terminaba. Su mujer quería irse a casa (por ese entonces, ya teníamos el centro funcionando las 24 horas). `Si se va a morir [Hassan], que lo haga en casa...`, decía ella. Su papá insistía: `Por la mañana vienen las doctoras, esperemos a ver qué pueden hacer`. Y recalcó: `El enfermero durante la noche se portó de mil maravillas`. A mí me daban ganas de llorar. Esa misma noche intentábamos dormir a 35 kilómetros de allí. Por razones de seguridad y de distancias, no podemos ir al centro por las noches. Dependemos 100% del personal que se queda, y de lo que podamos ayudarlos por teléfono. Todos sabíamos que era una noche crítica. Que ese equilibrio que buscamos para salvarle la vida pendía de un hilo muy fino, y es siempre por las noches cuando amenaza con cortarse. A la mañana siguiente, Hassan y su hermano estaban todavía allí. Pachuchos, muy débiles, pero vivos... Y a lo largo del día, las diarreas empezaron a amainar. Ya no eran agua corriente saliendo de un cuerpiño imposible. Se volvieron más sólidas, menos frecuentes. Y todos soltamos el aliento que llevábamos conteniendo hacía unos días. Sus padres no cabían en sí de gozo. Se volvieron nuestros grandes promotores. Contaban a quien quisiera escucharlos que sus hijos se iban a morir y estaban vivos. Eran, además, un ejemplo de pulcritud. Entendieron las normas: el lavado de manos y de los chicos, dar de comer despacio y sentado, sin forzar. Usar el mosquitero. Cubrir la leche para que no se metan moscas. Dormir de noche acurrucándolos para que no pierdan calor. No hacía

falta explicarlo más que una vez para que se volviera un hábito. Recuperar tiempo perdido Y Hassan y Yahya empezaron a salir adelante. Cambiando las fases de tratamiento, no sin miedo de mi parte. Por fin le llegó el turno al Rutf (la pasta de maní enriquecida con que tratamos a los chicos). Si lo toleraban, podrían irse pronto a casa, a seguir su tratamiento en ambulatorio. Hassan era más reactivo. Le encanta la leche, y la consistencia del Rutf le resultaba extraña. Yahya, el más fuerte de los dos, en cambio, se volvió una máquina devoradora. Chilla por más. Quiere banana, el arroz y el pollo que se comen sus papás, el Rutf, la leche, le daba igual... Se trataba sólo de comer y recuperar el tiempo perdido. Con Hassan hubo que ser más creativo: mezclábamos el Rutf en la leche, su mamá se untaba el pecho antes de darle de mamar. Y lo consiguió... Los mellizos, por fin, se fueron a casa. Su papá es pequeño, pero parecía enorme ese día, hinchado de puro orgullo. Hace unos días, apareció su papá en el centro. Contó que los mellizos estaban muy bien, que devoraban todo y que se le acabó el Rutf y necesitaba más. No hay problema, le damos más. Una semana más tarde, por fin, fue el primer día de control. Hasta nuestra asesora financiera quería estar presente porque venían los mellizos... Ya casi no hay diferencia entre los dos. Y se comen el Rutf como dos máquinas. ¡Hassan hasta tiene papada! Todavía no se acercan al peso normal para su edad, pero van por buen camino. El más pequeñito engordó 600 gramos, y el otro, 400. Ambas ganancias son una barbaridad para esos cuerpecitos. Como dicen acá: Al Hamdu l' Alah (Alabado sea Alá). Una red humanitaria a nivel mundial

Casi cuatro décadas. Médicos Sin Fronteras (MSF) es una ONG fundada en Francia en 1971, con la idea de que todo el mundo tiene derecho a una asistencia médica, sin importar su origen social ni su país de residencia. En zonas de riesgo. MSF se dedica principalmente a la ayuda de poblaciones en situación precaria y a las víctimas de conflictos, hambrunas y catástrofes naturales. Fue galardonada con el Premio Nobel de la Paz en 1999. Presencia global. Está presente en 65 países y tiene 350 proyectos en marcha. Cada año, más de 2000 profesionales internacionales son enviados a zonas en las que trabajan con 24.000 profesionales locales contratados. En la Argentina. En 2009, MSF lanzó la campaña `Chagas, es hora de romper el silencio`. En 2001, asistió a la población de Jujuy y Salta, y en 2003, a las víctimas de las inundaciones en la provincia de Santa Fe.

UNA ARGENTINA, PROTAGONISTA

En Yemen, el milagro de vida de dos mellizos

Los protagonistas de esta historia son Hassan y Yahya, dos bebés al borde de la desnutrición que sus padres llevaron a uno de los campamentos de desplazados a cargo de Médicos Sin Fronteras en una zona conflictiva de Yemen. El siguiente es el relato de Candelaria Lanusse, una enfermera argentina de 32 años que forma parte del equipo que les salvó la vida.

REGION DE SAADA, Yemen.- El primero en llegar fue Hassan. O lo que quedaba de él. Parecía un espartapájaros de ojos hundidos e inexpressivos.

El padre, en cambio, sí que expresaba: su desesperación y, en el fondo de su mirada, una súplica, una esperanza.

Hubo algo que siempre estuvo a favor de Hassan: nunca perdió el apetito. Lenta y constantemente sorbía la leche que a cucharadas una tía le ponía en la boca. A mí me carcomían mil sensaciones. Yo también suplicaba, no sé a quién, que para Hassan todavía hubiera una esperanza. Pero tenía miedo. Esos chicos tan, tan extremadamente consumidos, son como bombas de tiempo. Un día parece que todo va bien y al siguiente empiezan a apagarse, a veces en forma irreversible. Ha-

Continúa en la Pág. 4, Col. 1

LAS SECUELAS DE LA GUERRA • EL TESTIMONIO DE UNA ENFERMERA ARGENTINA



La increíble evolución de los mellizos: Hassan, el primer día que llegó al centro; con su hermano Yahya, después de unas semanas, y al final del tratamiento

El milagro de los mellizos de Yemen

Continuación de la Pág. 1, Col. 5

ssan tiene poco más de un año. Su perímetro braquial (la medida del brazo a media distancia entre el codo y el hombro) tenía 70 milímetros al llegar. Para el que no sabe lo que es eso, que trace con una regla una raya de 70 milímetros, la recorte y la raya por sus puntas formando un círculo. No hace falta ser un especialista en nutrición para darse cuenta de que en un braco así faltan muchas pero muchas leches.

Lo adoptamos enseguida. En ese entonces, mientras nos traspasábamos el programa entre Unicef y Médicos Sin Fronteras (MSF), el centro nutricional sólo funcionaba de día, y al mediodía los chicos se volvían a sus "casas" para que sus padres pudieran comer.

La familia de Hassan no vive dentro del campamento y les llevaba tiempo conseguir un transporte que los trajera hasta allí. Ese primer día, les pedimos que se quedaran, y nos ocupáramos de su almuerzo. A la doctora Reem, a Carlos y a mí no nos costó nada disputarnos al chiquito para tenerlo en brazos mientras su tía y su papá comían. Como si fuera el sobrino que viene de visita a casa, y que mis hermanas y yo corremos a ver quién puede alzarlo primero.

A la mañana siguiente, todos mirábamos ansiosos la entrada de la tienda. Albert, nuestro coordinador, cada tanto se asomaba a preguntarnos: "¿No han venido todavía?" No... Por dentro, pensaba que en una de esas había sucedido lo peor, y a la vez me decía: "No, no, no, por favor, por favor, por favor...".

Cerca de las 9.30, vimos el rostro inconfundible y peculiar de su papá, con un chico muy flaco en brazos. Detrás de él, su mamá, con otro niño desnutrido en brazos... ¡¡¡¡Pero si eran dos!!!!

El segundo en venir se llamaba Yahya. Y era el hermano "gordo". Un hermano gordo con un bracoito, esta vez, de 90 milímetros. También estaba a años luz de tener una medida normal.

Los adoptamos a los dos. A la familia entera. Su mamá es apenas una niña. Y tienen una hija más, de dos años, esta vez sí rechoncha y saludable. Menos mal.

A Hassan y a Yahya los enfermó la guerra. Probablemente estaban al límite, lo mismo que su mamá, que intentaba todavía amamantarlos. Huir de su casa, de su tierra, venir a un lugar nuevo, sin nada, sin condiciones mínimas de salubridad... no es la situación ideal para dos pulguitas delicadas. Unas diarreas



FOTOS GENTILEZZA CANDELIARIA LANUSSE

Los padres, orgullosos, muestran a los mellizos en una reciente visita al centro

aquí y allá, perder peso brutalmente, volverse más propenso a contagiarse cualquier "bicho" que vuela, perder más peso, en un ciclo condenadamente vicioso que si no se corta acaba en una muerte segura.

A Hassan y Yahya los salvó el amor de su familia. Ver a sus padres dedicarse con empeño a sus hijos, comprender que un lavado de manos hace la diferencia entre la vida y la muerte, colmarlos de besos, arroparlos, ayudarlos pacientemente a terminar sus leches... fue una imagen que nos acompañó tiernamente durante toda su estadía en el centro.

No fue un camino fácil. Al principio todo parecía ir bien. Pero un día, las diarreas volvieron con mucha

saña. Especialmente para Hassan, el más pequeño de los dos.

Dentro de mí sonaban mil alarmas de alerta. Buscábamos el equilibrio imposible: rehidratar, no sobrehidratar, no dejar que se deshidratara... Si no se mantiene, por falta o por exceso, se nos duenden ir...

La noche crítica

Una noche, me contó su papá después, pensaron que todo se terminaba. Su mujer quería irse a casa (por ese entonces, ya teníamos el centro funcionando las 24 horas). "Si se va a morir [Hassan], que lo haga en casa...", decía ella. Su papá insistía: "Por la mañana vienen las doctoras, esperemos a ver qué pueden hacer". Y recaló: "El enfermero durante la

noche se portó de mil maravillas". A mí me daban ganas de llorar.

Esa misma noche intentábamos dormir a 35 kilómetros de allí. Por razones de seguridad y de distancias, no podemos ir al centro por las noches. Dependemos 100% del personal que se queda, y de lo que podamos ayudarlos por teléfono. Todos sabíamos que era una noche crítica. Que ese equilibrio que buscamos para salvarle la vida pendía de un hilo muy fino, y es siempre por las noches cuando amenaza con cortarse.

A la mañana siguiente, Hassan y su hermano estaban todavía allí. Pachucho, muy débiles, pero vivos... Y a lo largo del día, las diarreas empezaron a amainar. Ya no eran

agua corriente saliendo de un cuerpo imposible. Se volvieron más sólidas, menos frecuentes. Y todos soltamos el aliento que llevábamos conteniendo hacía unos días.

Sus padres no cabían en sí de gozo. Se volvieron nuestros grandes promotores. Contaban a quien quisiera escucharlos que sus hijos se iban a morir y estaban vivos.

Eran, además, un ejemplo de pulcritud. Entendieron las normas: el lavado de manos y de los chicos, dar de comer despacio y sentado, sin forzar. Usar el mosquitero. Cubrir la leche para que no se metan moscas. Dormir de noche acurrucándose para que no pierdan calor. No hacía falta explicarlo más que una vez para que se volviera un hábito.

Recuperar tiempo perdido

Y Hassan y Yahya empezaron a salir adelante. Cambiando las fases de tratamiento, no sin miedo de mi parte. Por fin le llegó el turno al Rutf (la pasta de mani enriquecida con que tratamos a los chicos). Si lo toleraban, podrían irse pronto a casa, a seguir su tratamiento en ambulatorio.

Hassan era más reacio. Le encanta la leche, y la consistencia del Rutf le resultaba extraña. Yahya, el más fuerte de los dos, en cambio, se volvió una máquina devoradora. Chilla por más. Quiere banana, el arroz y el pollo que se comen sus papás, el Rutf, la leche, le daba igual... Se trataba sólo de comer y recuperar el tiempo perdido.

Con Hassan hubo que ser más creativo: mezclábamos el Rutf en la leche, su mamá se untaba el pecho antes de darle de mamar. Y lo consiguió... Los mellizos, por fin, se fueron a casa. Su papá es pequeño, pero parecía enorme ese día, hinchado de puro orgullo.

Hace unos días, apareció su papá en el centro. Contó que los mellizos estaban muy bien, que devoraban todo y que se le acabó el Rutf y necesitaba más. No hay problema, le damos más.

Una semana más tarde, por fin, fue el primer día de control. Hasta nuestra asesora financiera quería estar presente porque venían los mellizos...

Ya casi no hay diferencia entre los dos. Y se comen el Rutf como dos máquinas. ¡Hassan hasta tiene papada! Todavía no se acercan al peso normal para su edad, pero van por buen camino. El más pequeño engordó 600 gramos, y el otro, 400. Ambas ganancias son una barbaridad para esos cuerpecitos. Como dicen acá: *Al Hamdu l' Allah* (Alabado sea Alá).

Una red humanitaria a nivel mundial

→ **Casi cuatro décadas.**

Médicos Sin Fronteras (MSF) es una ONG fundada en Francia en 1971, con la idea de que todo el mundo tiene derecho a una asistencia médica, sin importar su origen social ni su país de residencia.

→ **En zonas de riesgo.**

MSF se dedica principalmente a la ayuda de poblaciones en situación precaria y a las víctimas de conflictos, hambrunas y catástrofes naturales. Fue galardonada con el Premio Nobel de la Paz en 1999.

→ **Presencia global.**

Está presente en 65 países y tiene 350 proyectos en marcha. Cada año, más de 2000 profesionales internacionales son enviados a zonas en las que trabajan con 24.000 profesionales locales contratados.

→ **En la Argentina.**

En 2009, MSF lanzó la campaña "Chagas, es hora de romper el silencio". En 2001, asistió a la población de Jujuy y Salta, y en 2003, a las víctimas de las inundaciones en la provincia de Santa Fe.